

Loa a las monjas en detrimento de los Iglesias

A la Iglesia originaria no se entraba sino después de haber acometido asiduas pruebas, preparación escrupulosa y detenido examen, y eso sólo tras haber abjurado de la pasada vida. Hoy, en cambio, sin esfuerzos ni cuidado alguno: “He nacido en un tiempo en que la mayoría de los jóvenes habían perdido la creencia en Dios, por la misma razón que sus mayores la habían tenido: sin saber por qué”¹.

Otro tanto ocurre con la política, pues leyendo uno a Platón se irrita forzosamente contra los que llevan el apellido de *san Pablo Iglesias* a la política, pero no pisan un convento, fuera de sus conventículos. Los cristianos viejos hemos visto mucho y a estas alturas preferimos a Erasmo: “Si puedes, a la vez, ser príncipe y hombre bueno, desempeña la hermosísima función; pero si no, resigna el principado, antes que por su causa te vuelvas malo. No es difícil encontrar un hombre bueno que no pueda ser buen príncipe. Pero no se puede ser buen príncipe sin que simultáneamente se sea hombre bueno. Aun cuando en estos tiempos nuestros a tal punto llegaron las costumbres de ciertos príncipes, que parecen andar reñidos entre sí el buen príncipe y el hombre bueno, hasta parecer cosa necia y risible hacer en el príncipe mención del hombre bueno. No puedes ser rey si no te rige la razón, es decir, si en todas las ocasiones no sigues el consejo y el juicio, y no la pasión. Ni podrás mandar a otros, si tú previamente no obedeces al imperativo de la honradez. Sea éste el siempre vigente decreto del príncipe: no causar daño a nadie, hacer bien a todos, especialmente a los suyos; tolerar los males o remediarlos según juzgare que sirve al interés común. El que no lleva este espíritu a la política, tirano es y no príncipe”². “El magnánimo, supuesto que es digno de los mayores honores, no puede ser más que el hombre más virtuoso. Pues, cuanto más honesto es uno, mayores son los honores de que es digno, y el mejor merece los mejores o

1 Pessoa, F: *Libro del desasosiego*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1986, p. 29.

2 Erasmo: *Educación del príncipe cristiano*. Ed. Orbis, Barcelona, 1985, p. 58.

mayores. Es, pues, necesario que el verdaderamente magnánimo sea hombre de bien”³.

Y ya que los modernos no han descubierto aún la Trascendencia, no está mal que descubran al menos (cuando ya apenas quedan) a *las monjas*: “Mis relaciones con las monjas casi siempre han sido positivas, y se remontan a 1943, año en que las hermanas de San Vicente de Paúl prosiguieron mi alfabetización, ya iniciada en casa, e intentaron mi catolización, combatida desde casa. Con los años he aprendido a valorar el valor ético del sacrificio, fuera agnóstico o religioso. El sacrificio *por los otros* de los religiosos llega a los rincones más tristes de la miseria y la enfermedad. No me atrevo a fijar el límite que separa la caridad de la solidaridad, como también es impreciso el que delimita la compasión como subsuelo o ático del amor. Pero ahí estaban esas dos monjas cuidando leprosos filipinos, la una catalana, la otra vasca, secuestradas por bandidos de Salgari cuando se estaban bañando en los mares del Sur en un leve descanso entre dos jornadas de sacrificio y sufrimiento. Durante unos cuantos días he seguido su suerte como la de dos ángeles definitivamente buenos, tan buenos que serían necesarios a pesar de la historia: dos ángeles históricos a los que siempre tendremos que recurrir mientras exista la enfermedad, la vejez y el insomnio por toda clase de pobrezas. Y cuando las han liberado me ha conmovido su conmoción y me ha alegrado la alegría que he podido detectar en torno a esa liberación. Me hubiera gustado acariciarles la cara, brevemente, para comprobar su delgada realidad, transparencia fantasmal entre tanto desorden. Durante el cautiverio, sus raptores se mofaban de sus creencias, como suele hacer todo verdugo que se precie de serio. Ellas rezaban, lloraban y dormían adosadas. Una pequeña patria bajo un cielo excesivo”⁴. La cosa tiene más valor dicha por Manuel Vázquez Montalbán, aquel escritor cocinero catalán.

3 Aristóteles: *Ética a Nicómaco*. Libro IV, cap. 3, 1124a.

4 *Monjas*. *El País*, febrero de 1993.

Fernando Marramao Catedrático de Ciencia Política.
Universidad Católica de Asunción (Paraguay).